

cance la reforma, los cargos y oficios de maestras de instruccion primaria, directoras y celadoras de hospitales y casas de correccion, matronas de aduanas, maestras de fábricas y demas desempeñados por mujeres.

12. Asimismo se exceptúan naturalmente todos los cargos honoríficos y gratuitos.

13. Respecto de los que exigen fianza por el manejo de caudales públicos, ya está resuelto prácticamente el caso en la cobranza de contribuciones encomendada á los Bancos, mediante un tanto por ciento. Ese debe ser el modo de pagar estos servicios.

Los presupuestos que se han tenido á la vista para formar estos cuadros son los del año económico de 1872-73. Ya estaban hechos cuando se publicaron los del Sr. Camacho para 1874-75, y en vista de que no hay diferencias esenciales entre aquellos y éstos, que pudieran influir en los resultados que aquí se buscan, ni invalidar ninguna de las demostraciones á que conduce este estudio, por cantidades de más ó de ménos, que tienen importancia muy secundaria para el caso, no merecía la pena de repetir tan engorrosos cálculos. Si álguien quiere tomarse ese trabajo, examinando con el mismo criterio los últimos presupuestos, hallará resultados muy semejantes, y aplicables á ellos todas las observaciones contenidas en este escrito, sin que pierdan nada de su fuerza y oportunidad. Y esto es claro: como que aquí no se trata de castigar tal ó cual presupuesto, sino de discutir y reformar el sistema en que se fundan todos, cualquiera de ellos puede servir indistintamente para esa anatomía.

Del personal del ministerio de la Guerra se ha reformado todo lo que no pertenece á la profesion militar, como ya se indicó; pero hay algunos estados en que se incluyen individuos de las clases militares sin que esté demostrada la necesidad ni calificada la procedencia de tales destinos. En las direcciones generales de las armas se comprende que puedan ser de utilidad para el despacho de sus especiales asuntos los jefes y oficiales de los cuerpos respectivos, que en gran número figuran en sus negociados; mas en la secretaria, donde sólo se trata de aplicar las leyes y reglamentos, y de tramitar expedientes, no se requiere experiencia militar, ni hábitos de mando, ni se justifica por lo tanto la existencia de 2 brigadieres, 4 coroneles, 4 tenientes coroneles, 4 comandantes, 13 capitanes, 13 tenientes y 5 alféreces, que han trocado la espada del guerrero por la pluma del covachuelista, y cuestan nada ménos que 721.500 rs.

JOSÉ RUIZ LEON.

(Continuará.)

NOTICIAS

PARA LA HISTORIA DE NUESTRA MÉTRICA.

SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VERSOS CASTELLANOS.

II.

Y ¿qué es el verso *laverdáico*? preguntarán nuestros lectores. ¿Por qué recibe ese nombre? El *por qué* lo diremos despues; ahora baste saber que el *laverdáico* es un verso de nueve sílabas. ¿Y por ventura es nuevo el verso eneasilabo? se nos replicará. Duro, ingrato, desapacible al oido, y, por lo mismo, poco usado sí será, pero ¿nuevo? Distingamos: el verso de nueve sílabas existe de tiempo atrás en nuestro Parnaso; pero no todo verso de nueve sílabas es un *laverdáico*. Del mismo modo el *sáfico* es un verso endecasílabo; pero no todo endecasílabo es *sáfico*. La legitimidad del verso eneasilabo ha sido por muchos puesta en duda, y ha habido preceptistas que para nada le han mencionado. Existen, sin embargo, diferentes ensayos en este metro, que conviene recordar como fundamento de nuestra tarea. En el verso de nueve sílabas podemos distinguir tres especies, que clasificaremos por los nombres de sus introductores, á la manera que los naturalistas dan á las plantas el de sus descubridores ó aclimatadores. En tal concepto, existen el verso *iriartino*, el *esproncedáico* y el *laverdáico*.

Al colocar el nombre de Iriarte al frente de la primera clase, no entendemos negar la existencia de ensayos anteriores. Por descuido de los poetas ó de los copistas, aparecen versos de nueve sílabas en los primitivos monumentos de nuestra poesia vulgar escrita; su falta de hilacion demuestra la *no intencionalidad* de tales metros. Posteriormente no hemos hallado, por más que con diligencia los buscásemos, ejemplos de versos eneasilabos, sino por descuido de malos metrificadores. Sólo en las *Fábulas Literarias* toma este linaje de versos carta de naturaleza. De intento hemos reservado para este lugar la noticia de coleccion tan celebrada que, entre sus excelencias, tiene la de ser una *Arte métrica castellana* con cuarenta diversas combinaciones rítmicas, excluyendo únicamente las imitaciones de metros clásicos, poco adecuados á la fábula. Allí aparecieron por primera vez, que sepamos, los pareados de doce y trece sílabas, á la francesa; los endecasílabos, con acento en la cuarta y sétima (1), y algunas otras novedades que no han tenido éxito en su mayor parte. Allí se lee tambien

* Véase el número anterior, pág. 569.

(1) *Intencionalmente, se antiende.*

la fábula, harto conocida, de *El Manguito, el abanico y el quita-sol*, escrita en versos *irriartinos*:

Si querer entender de todo
Es ridícula presuncion,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor.
Sobre una mesa cierto día
Dando estaba conversacion
A un abanico y un manguito
Un paraguas ó quita-sol, etc., etc.

Estos versos, sin otro acento que el de la octava, son durísimos, poco ó nada cadenciosos, y no resisten la prueba de la lectura. Por eso han sido justamente abandonados en toda composicion escrita para ser leida. Pero ayudados de la música llegan á ser tolerables, y, por tal razon, es frecuente su uso en los cantables de las zarzuelas.

En 1801 vió la luz pública en Valencia la *Poética* del esclarecido jesuita D. Juan Francisco Masdeu, obra destinada á la enseñanza de una dama, y dividida en nueve diálogos. En este libro, que por lo demas no corresponde á la justa fama de su autor, se indica una nueva especie de versos de nueve sílabas, distintos de los *irriartinos*, y que en su cadencia presentan cierta analogia con el decasilabo usado en los himnos. Nadie recogió por entónces esta indicacion; pero en la tercera década de nuestro siglo, Espronceda, que probablemente no habia leído la *Poética* de Masdeu, empleó el eneasilabo, por él apuntado, en su obra maestra, es decir, en la admirable leyenda de *El Estudiante de Salamanca*, al describir en todo linaje de metros las horribles visiones de D. Félix de Montemar, amalgama sublime del Burlador de Sevilla y del Estudiante Lisardo:

Y luego el estrépito crece
Confuso y mezclado en un son
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido
Medroso y sonoro se alzó...

¿Para qué citar más, si el poema entero está en la memoria de todos? En el uso del verso *esproncedáico* apenas ha tenido imitadores el discípulo de Lista. La Avellaneda manejó este metro con singular felicidad en dos composiciones suyas; la primera lleva por título *La noche de insomnio y el alba*, la segunda está rotulada *La Cruz*. El *esproncedáico*, como todo verso de nueve sílabas, no es para usado en largas tiradas. La semejanza que se observa entre su cadencia y la del verso de diez sílabas, generalmente destinado á los himnos, hace que pueda sin violencia combinarse con él. ¿No es fácil el tránsito de los citados versos de *El Estudiante de Salamanca* á estos que se leen á continuacion:

Y de pronto en horrendo estampido
Desquiciarse la estaneia sintió,
Y al tremendo tartáreo ruido
Mil espectros alzarse miró...
Y despues entre si se miraron
Y á mostrarle tornaron despues...

¿Y quién duda que los primeros harian buen efecto combinados con los segundos? Por igual razon agradan enlazados con los *dodecasilabos*, y esto abre ancho campo para variedad de combinaciones agradables al oido, que remedien la rigidez del metro cuando se presenta aislado.

Un anuncio de la tercera especie de versos eneasilabos se halla en el siguiente *Himno* que inserta D. Sinibaldo de Más, al hablar de los metros fundados en el acento prosódico, en su *Sistema musical de la lengua castellana*:

Al arma, hijos dél Cid, al arma,
Se empñe el formidable hiéro,
Corrámos al combáte prñto,
Y sea la venganza cruél.
Corázras, carruájes, cáscos,
Cabállos, refulgéntes lánzas,
Milláres de guerréros brávos
Ocúlten á la tierra el sól.
Tremóle la bandéra hispána,
Y tiémble el sarracéno, tiémble,
Que Dios nunca abandóna al súyo,
El triúfno de la cruz será.

El mismo Sinibaldo de Más presenta una silva compuesta de versos tredecasilabos y eneasilabos *irriartinos*, de esta manera:

A disfrutar los resplandores,
Insensible profano, vé del rey del día,
Y aquí me deja á mis amores,
Que las horas son ellos de la noche umbría.

Pero esta combinacion es insufrible. Más aceptable es la siguiente, compuesta de tredecasilabos y *laverdáicos*:

Al astro que despide ardores,
A ese sol refulgente que es el rey del día,
Prodiga hombre feliz loores,
Y me deja á mí solo con la noche umbría.

Aquí el mal está sobre todo en la union de los versos de trece sílabas que hacen insoportable la composicion. Y esto es cuanto conocemos de ensayos anteriores al metro *laverdáico*.

Damos este nombre al género de versos de nueve sílabas que si no ha inventado, á lo ménos ha usado más y mejor que nadie, fijando sus leyes y estableciendo variedad de combinaciones, el esclarecido literato montañés-asturiano Sr. D. Gumerindo Laverde y Ruiz. El nombre de este escritor elegante y eruditísimo es bien conocido de cuantos en nuestra patria se dedican á estudios filosóficos y

literarios. Crítico de gusto seguro y acendrado, más propenso sin embargo al encomio que á la censura; docto sobremanera en todo lo que á nuestra historia literaria pertenece; campeón infatigable de la filosofía española, en pró de la cual ha dirigido una generosa cruzada, produciendo (justo es decirlo) notables resultados, que esperamos se aumenten en lo sucesivo; ingeniosísimo autor de proyectos admirables, que de realizarse por él (como en Dios confiamos) habian de dar copiosos frutos, anudando el hilo de nuestra tradicion científica há tiempo desdichadamente roto; todas estas altísimas cualidades reúne el Sr. Laverde, y de todas ellas dió gallarda muestra en la coleccion que con el modesto título de *Ensayos críticos* publicó en Lugo en 1868. Si nuestros elogios parecieran hijos de la cariñosa amistad que con él nos liga ó del entusiasmo que por nuestras glorias provinciales sentimos, léase el prólogo que al frente de ese volúmen colocó el eminente crítico, poeta y novelista Sr. D. Juan Valera. La reputacion del Sr. Laverde como escritor de erudicion profunda, aguda crítica, castizo lenguaje y ameno y deleitoso estilo, es superior á nuestras alabanzas. Pero lo que muchos ignoran es que el docto catedrático, conocido sólo como prosista, es tambien un notable poeta, uno de los vates más verdaderamente *liricos* de la generacion actual. Su inspiracion es por excelencia *subjetiva* y con frecuencia tierna y melancólica. La personalidad del poeta brilla en cada uno de sus versos, y sus versos son tan hermosos como su alma. No pertenece el Sr. Laverde á la escuela salmantina ni á la sevillana; no forma parte de ninguno de los grupos literarios ménos famosos; es poeta original y espontáneo, y aparece no obstante enlazado con la pléyada de ingenios un tanto soñadores y meditabundos que en Galicia, en Astúrias y en las montañas de Santander forman lo que pudiéramos llamar *escuela del Norte*, no estudiada ni clasificada aún, que presenta notables analogías, debidas, no á la imitacion, sino á la semejanza del *medio* en que se ha producido, con la poesia escocesa y alemana (1). El Sr. Laverde, que representa como pocos el carácter dulce y nebuloso de esta escuela, ajusta sus inspiraciones á la más bella de las formas artísticas, á la forma griega, produciendo así una alianza de clásica morbidez y de romántica melancolia, en que la pureza, la nitidez y la exquisita ternura de los accidentes agradan más por el aparente contraste con lo ideal y aéreo del fondo. El Sr. Laverde ha cultivado mucho el sáfico, escribiendo en el metro de Lesbos composiciones de lo más acabado que en su género conocemos en nuestra lengua. Sirva

de muestra *La Luna y el Lirio* que á continuacion trascribimos. Escrita en 1857, apareció al año siguiente en la *Revista de Astúrias*. Nuestros lectores van á disfrutarla con numerosos aumentos y correcciones, tal como aparece en un borrador autógrafa que la suerte ha traído á nuestras manos:

LA LUNA Y EL LIRIO.

Astro de paz que silencioso y místico,
Cual vaga imagen de perdida gloria,
Del negro monte en la erizada cresta

Lento apareces,

Tú que los campos y los mares orlas
De vaporoso indefinible encanto,
Sol de los tristes, del misterio amiga,

Pálida luna,

¿Qué anhelo es este que me embarga extraño,
Cuando al reposo universal presides?

¿Por qué á tu frente embelesado miro?

¿Tú tambien penas?

Como atraído por amiga estrella,
Hácia tu disco nacarado tiendo;
¿Late en tu seno el corazón de un ángel?

¿Amasme acaso?...

¿Dó fueron ya las inocentes horas
En que á esa adusta y enriscada cima,
Cogerte ansiando, tras de tí volaba,

Crédulo niño?

¡Ay! en el punto de ganar la altura
Mi fe burlabas, redregando esquivas,
Sobre distantes superiores cumbres

Resplandeciendo.

Así á la dicha perseguí en el mundo,
Así eludió mis juveniles sueños,
¿Cuanto subía por su luz más alto

Más se alejaba!

¿Cuán otro ahora desde el patrio valle
Vuelvo á tu faz los anublados ojos,
Marchita el alma, en desengaños rico,

Rico en dolores!

¿Quién elevarme á tu region serena,
Y libre allí de terrenales cuitas,
En alto sueño descansar contigo

Diérame, Luna!

¡Ah, te sonríes... Mas ¿qué voz divina
Rasga los aires, y en acorde acento
Blandas repiten como eólicas arpas.

Ecos y fuentes?

¿Será tal vez inteligencia alada
Que en los aromas del Edén ungida,
A revelarme de tu amor descienda

Suaves arcanos?

¡Es ella... sí... que de sus leves plumas
Siento el rumor, y estremecida el alma
Lánguidamente con afán espera

Su ósculo tierno!

¡Es ella... es ella!... á su rociado aliento
La verde selva por su luz bordada
Del mar las ondas y apacible ruido

Triste remeda.

¡Sí!... que en las linfas del pimplon (1) fugaces
Casta y profunda su mirada brilla
Y la armonía de su etéreo labio

Flébil resuena:

(1) En Pastor Diaz, en Enrique Gil y en otros poetas ménos conocidos son visibles estos caracteres.

(1) Pimplon (tal vez del griego $\pi\iota\mu\pi\lambda\epsilon\omega$, llenar, porque llena el pozo colocado debajo).—Voz provincial de Asturias.

—«De tu existencia en el abril dorado,
Pobre mujer, de liviandad esclava,
Te vió, te amó, su porvenir, su gloria
Puso en tí solo!

»De las pasiones el torrente rauda
A su antro impuro te llevó un instante...
¡Ay! como sombra arrebatada huiste...

No de su alma!
»Quedaste en ella con dolor de vida,
Purificando su letal ambiente,
Como en el seno de podrida tierra
Planta fecunda.

»Y el cautiverio en que infeliz yacía
Rompió, á estos valles dirigiendo el vuelo,
Tórtola amante, cual si aquí piadoso
Tú la llamarás.

»Por tí el abismo conoció en que estaba,
Por tí al Eterno levantó los ojos,
Por tí á esperanzas renació inmortales,
Por tí fué libre.

»En el olvido feneció del mundo,
¡Ni una oracion le consagraste, impio!
Dios su clemencia le otorgó infinita,
¡Dios entró en ella!

»Sea, le dijo, tu mansión la luna
Donde tus culpas en destierro capies,
Hasta que el hombre á quien amaste insano
Llore y te ame!

»Jamás oiste en la quietud nocturna
De ánima en pena el suspirar profundo,
¡Era la suya que á tu amor errátil
Tierna llamaba!

»Allá del mar en la desierta orilla
Yace su cuerpo en escondida gruta,
Donde entre zarzas solitario crece
Lirio celeste.

»Místico lirio á cuyo cáhiz puro
Baja en los rayos de la Luna leves,
Gime con ella cariñoso el viento,
Gimen las ondas.

»¿Tu corazón abandonado llora?
A orar vé allí y encontrarás consuelo...
¡Allí su ardiente corazón te espera!
¡Lloras! ¡Me amas!»—

¡Lloro, te amo, dolorida sombra,
Que los misterios de la muerte sabes,
Y en mi agitado corazón difundes
Soplo de vida!

Como luceros en profunda noche,
En mi alma abiertos con dulzura triste
Eternamente irradiarán tus ojos...

¡Lloro, te amo!
¡Ven á mi pecho!... El ruiseñor canoro
Llama á su esposa que en gentil gorjeo
Le corresponde, y desalada vuela,
Vuela á su nido.

¡Ven... á cantar las avecillas tornan,
Cantan unidas... y de mí te alejas?...
Muéstrasme el cielo, y en la tierra oscura
Déjame solo!

—«Queda por tí mi corazón velando
Hasta que puro cual intacta nieve
Brilles, y á Dios como los santos ames...
¡Amale y llora!

»Mi lirio azul recogerá tu llanto,
Tu alma el Señor... Con asombrado rostro,
Yerta la Luna en el Ocaso umbrío
Trémula espira...

¿Sueño ó verdad lo que escuché sería?
¿Solo no estoy en mi vigilia inmensa?
¿Un corazón que con el mio lata!
¡Ay, no lo creo!

Si hay muchas poesías tan de véras líricas en nuestro Parnaso moderno, yo por mí no las conozco. Por la corrección y pureza de la forma, es esencialmente clásica esta *fantasía*. Por la vaguedad é indefinible encanto del sentimiento, pertenece con pleno derecho á la *poesía del Norte*. Estos cantos no nacen en las márgenes sagradas del *aurífero Tajo* ó en las del Bétis, *rey de los otros ríos*, sino en las vertientes de los montes pirenaicos, en las rocas donde el mar de Cantabria rompe sus olas. En los poetas del Mediodía todo es *objetivo*, todo luz, color y movimiento; en los del Norte la tendencia es más reflexiva y más íntima, las aspiraciones del alma más vagas, la melancolía más intensa y duradera. Véase otra muestra de las dotes poéticas del señor Laverde en la composición titulada:

PAZ Y MISTERIO!

¡Qué agitación, que soledad... columbro
Trémula antorcha en el confin sombrío...
¿Es el amor que á consolarme viene?...
Voy á su encuentro!

¡Noche sin luna!... El adormido cielo
Triste sonríe á la adormida tierra,
Y ondisonando cadencioso el grave
Ponto le arrulla.

Perdida oveja en los collados bala,
Almas en pena por las graudas (1) gimen,
Lentas las auras, las silvestres ondas
Lentas murmuran.

¿Dónde me lleva el corazón volando?
Atrás el bosque y sus florestas dejo...
Allá en el monte el ruiseñor gorjea...
Vuelo á la cumbre!

¡Hora á cumplirse algún misterio empieza!
Cantan los ecos... mis oídos cantan...
Son armonías del festín... mi nombre...
¡Fuera del mundo!

¡Qué puro albor los horizontes baña!
¡Qué dulce estrella los alumbró inmvil!
¡Qué alma Deidad de su dorado seno
Brotó radiante!

Cetro de lirios y azucenas trae,
Bajo sus piés la inmensidad florece,
Vierten aromas del Edén sus labios,
Gloria sus ojos.

Ciñe mi frente con azul guirnalda,
Me desvanece su mirar divino,
Plácida sombra en derredor extiende...
Caigo en sus brazos...

Arden al par su corazón y el mío,
Surco los cielos en bajel de flores...
¡Es el amor!... Mi corazón espira...
Muerdo de gozo!

Sigue el festín... y las distantes arpas
Melancolía regalada infunden...
Calla la mar... el firmamento brilla...
¡Paz y misterio!

(1) *Grandas* y también *gándaras* se llaman en Galicia, Asturias y la Montaña de Santander los terrenos ásperos é incultos.

La destreza con que el Sr. Laverde maneja el sáfico, y el uso frecuente que de él ha hecho en sus composiciones, han debido conducirle naturalmente á la invencion del *laverdáico*. Así llamó á este metro en un momento de buen humor el sabio presbítero doctor Caminero, á quien debo copia de los ensayos rítmicos de nuestro comun amigo el Sr. Laverde, ensayos que daré á conocer sin el consentimiento, y no sé si á disgusto, de su autor, seguro de que me lo han de perdonar y áun de agradecer las musas castellanas.

El *laverdáico* es un *sáfico* despojado de las dos primeras sílabas. En la famosa oda de Villegas *Al Céfitro* puede hacerse la comprobacion. Separando dichas sílabas en cada uno de los versos *sáficos* de la primera estrofa, esta quedará convertida en *adónico-laverdáica*:

Vecino de la verde selva
Eterno del Abril florido,
Aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando.

La ley del *laverdáico* como la del *sáfico* es inflexible. El segundo va acentuado en cuarta y octava, el primero en segunda, sexta y octava. De aquí resulta, á la par que notable ventaja sobre los demas versos de nueve sílabas, cierta rigidez y falta de variedad, que el Sr. Laverde corrige en lo posible, haciendo distintas todas las vocales acentuadas de cada verso. Sin embargo, esta falta de variedad melódica impide usarle en largas tiradas, y su inventor se ha limitado con buen acuerdo á emplearle en breves composiciones. Tampoco agradaría una *série pura* de versos *laverdáicos*. El Sr. Laverde ha hecho diferentes ingeniosas combinaciones, de todas las cuales vamos á presentar muestras á nuestros lectores.

El *laverdáico*, por su analogía con el *sáfico*, se combina naturalmente con el *adónico*. Tal observamos en la siguiente bellísima *Plegaria á la Virgen*:

Dá oídos al clamór ferviente
Que el púeblo en su orfandad te eléva,
Oh ampáro de los hijos de Éva.
Madre de Dios.
Y ofréce en holocausto ardiente,
Ofréce á tu Jesús bendito
Nuestra álma y corazón contrito,
Ruega por nos.
Del hondo entenebrido suélo,
Pobládo por dó quíer de abrojos,
Volvémos hácia ti los ojos
Llenos de afán.
Que en tórno derramádo duélo
Se agita Satanás rugiente...
Quebránta su orgullósa frénte,
Dulce Mirián!
El ciélo á nuestro amor franqueá,
Al tróno del Señor nos guía.
¡Ver dános el etérno día,
Dános la luz!

Que la álma eternidad nos véa
Seguirte en jubilóso bándó,
De Cristo la piedád cantádo
Bajo la Cruz.

Otra combinacion *laverdáico-adónica* aparece en el siguiente *madrigal*, modelo de gracia y delicadeza, que se atreve á competir con los mejores que en castellano tenemos, y áun con los más famosos de Italia.

¿No ves en la estacion de amores
Pintada mariposa breve
Que al soplo de las auras leve,
Rondando las gentiles flores
Leda se mueve?
¿No observas que por fin plegando
Las alas de azucena pura
Se acoge á la vital frescura
Y encima de su cáliz blando
Duerme segura?
En ella figurado tienes
Mi amante corazon, Jimena;
Son flores de campiña amena,
Del mundo para mí los bienes,
Tú la azucena.

Hijo en cierto modo del *sáfico*, se combina con él el *laverdáico*, pudiendo formarse variedad de estrofas de muy agradable efecto. La siguiente composicion, muestra notable del carácter *lirico* de la poesía del Sr. Laverde, ofrece encadenados *sáficos* y *laverdáicos*.

Á MI INMORTAL AMIGA.

¡Pálido rostro, celestial mirada,
Sonrisa de inefable amor!
¡Virgen etérea á consolar llamada
De un vate el perenal dolor!
En largas horas de silencio grave
Absorto aparecer la ví,
Y de los astros al fulgor süave
Súas huellas de azahar seguí.
Dentro mi pecho su ideal figura
Con fuego se grabó al pasar...
Ni áun en el seno de la tumba oscura
La muerte la podrá borrar.
¡Ángel sublime de mis sueños de oro
En forma de gentil mujer...!
Casta Deidad que en mi tristeza adoro...
¿Pasaste para no volver?
¡Jamás tu hechizo pudoroso y blando
Mi noche y soledad sin fin
Vendrá de nuevo á iluminar, trocando
La tierra en floreal jardin?
¡Ay! de perverso encantador cautiva,
Gimiendo só el poder quízás,
Allá en morada misteriosa, esquiva,
Oculta al universo estás!
Sola tal vez en el recinto vago,
Poblado de serpientes mil,
Nunca recibes el frescor y halago
Del aura ni la luz sutil.
Ni un eco leve en las estancias yertas
Responde á tu doliente voz!..
¿Llámasme acaso? ¿A franquear sus puertas

Me mandas acudir veloz?
 Guieme un rayo de tus ojos puros,
 Tu aliento su virtud me dé,
 Y á redimirte de ese limbo oscuro
 Intrépido volando iré...
 ¡Mira, al prestigio de mi canto y lira,
 Rendirse el colosal dragon
 De alas de fuego que espantoso gira,
 Guardando tu letal prision!
 ¡Mira, el encanto abrumador deshecho,
 Las sierpes al abismo huir,
 La brisa holgar, y el ominoso techo
 En humo por los aires ir!
 ¡Del éter mira en el azul sereno
 El astro animador brillar,
 El val de flores coronarse ameno,
 Las aves por doquier trinar!
 ¡Recobras ya la libertad perdida!
 ¡Ya tornas sonriendo á mí
 Los claros ojos en que el cielo anida!...
 ¡No ceses de mirarme así!
 Predestinada á consolar naciste
 De un vate el perenal dolor...
 ¡Ven, que mi pecho solitario y triste
 Rebosa para tí de amor!
 Sé de mi vida en el estéril yermo
 Oásis regalado, sé,
 Donde su sed el corazon enfermo
 Apague de ternura y fe.
 Al dulce amparo, mi cadente lira
 Tañiendo, de tu sombra en paz,
 ¿Qué temeré del huracan la ira,
 Qué el rayo abrasador voraz?

La siguiente admirable y sentidísima *Elegía*, inspirada por un verdadero y profundo dolor, está escrita en cuartetos *sáficos*, con el *laverdático* á modo de *adónico* al fin:

Á LA MEMORIA DE MI HERMANA LUISA.

fallecida en 1851, á la edad de diez años.

Cuando á los cielos su clamor solemne
 Aquella torre solitaria envía (1),
 Del mar vecino entre el zumbir perenne
 Caen negras sombras sobre el alma mia,
 Y el llanto á mis mejillas viene.
 ¿Allí algun genio misterioso habita
 Que al ronco acento de la fiel campana
 Vuela á acordarnos en profunda cuita
 Que es polvo y sombra la existencia humana,
 Que hay otra más allá infinita?
 ¡Ay! allí yace fenecida á prisa
 Mi dulce hermana como el sol hermosa,
 De ojos azules y cordial sonrisa,
 Más que la estrella de la mar graciosa,
 Más pura que de Edén la brisa.
 La mansedumbre en su mirar sereno,
 La discrecion en su apacible estilo
 Resplandecía, y su nevado seno
 Era de amor y de piedad asilo,
 Cual vaso de perfumes lleno.
 ¡Ah! cuántas veces su florido manto
 La primavera desplegó, Luisa,
 Sobre la tierra, desde huyó tu encanto!

(1) La de San Miguel de Hontoria, Iglesia cercana al mar, y situada no lejos de Nueva.

¡Y áun á tu nombre en nuestro hogar la risa
 Se trueca en suspiroso llanto!
 Flora renace, y generosa vierte
 Vida á raudales por campiña y selvas:
 ¿Nunca ¡ay! mis ojos tornarán á verte?
 ¿Nunca será que á consolarme vuelvas?
 ¿Jamás te soltará la muerte?
 No, tu alma vive con la Madre Santa
 Á quien llamaste en el poster sollozo;
 Vive en la altura dó con libre planta
 Gira por campos de perpetuo gozo,
 De Dios las maravillas canta.
 De allí su cuerpo á recobrar pristino
 Vendrá á la tierra en el supremo dia,
 Y rutilante se alzaré al divino
 Festín de amor, en que eternal sonría
 Libando de la gloria el vino.
 Y mi Segundo y mi Asuncion (1) con blando
 Riso la estola ostentarán florida
 De la inocencia, junto á tí brillando!
 ¡Venid!... llevadme á esa region de vida,
 Que yo os vea y moriré cantando.

(Nueva, 8 de Setiembre de 1874.)

Metro que se emplea en poesías de tan subido mérito, asegurada tiene la inmortalidad que da el ingenio á sus creaciones. La *Elegía* vivirá, y con ella el ritmo en que el artista ha encarnado su pensamiento.

Tambien ha ensayado el Sr. Laverde la combinacion *sáfico-laverdático-adónica*, tal como aparece en el siguiente

PENSAMIENTO.

Si no órlan vanos mi vivienda tosca
 De afanes y quereñas libre
 Verdes laureles,
 ¿Por qué temer que la tormenta fosca
 Sobre ella horrisonante vibre
 Rayos crueles?

Aún pueden ensayarse otras combinaciones *sáfico-laverdáticas*. Existe un epigrama latino, conservado por mucho tiempo en la memoria de los doctos ántes de ser impreso. Su autor es ignorado: dicese que fué un jesuita del siglo XVII, otros le atribuyen á Jerónimo Amaltheo; pero, de todas suertes, encierra un pensamiento ingenioso y agradable.

Dice así:

Lumine Acon dextro, capta est Leonida sinistro
 Et poterat forma vincere uterque Deos,
 Parve puer, lumen quod habes concede puellæ,
 Sic tu cæcus Amor, sic erit illa Venus.

El Sr. Laverde le ha imitado con felicidad en el siguiente *madrigal*:

Aunque una, Emilio, de tus luces claras
 Perdida lloras, y la opuesta, Lisis,
 Sois tipos de beldad los dos.
 ¡Ah! si á tu hermana ta otra luz prestaras,
 Ella la Diosa del Amor sería,
 Tú, oh niño, el ceguezuelo Dios.

(1) Hijos míos que murieron párvulos (Nota del Autor en el borrador autógrafa).

Una combinacion distinta, y asimismo de buen efecto, observamos en este otro *madrigal*, notable por la delicadeza del pensamiento y el primor de la ejecucion:

En este ramo de azucena y rosa
Que aún guarda el matinal rocío,
De mi ribera lo mejor, Gaudiosa,
Con alma y corazon te envío.
Ruégote en pago que al libar su aroma
Recuerdes que jamás te olvido,
Y al cielo pidas, virginal paloma,
—¿Qué?...—Nada... lo que yo le pido.

Ingeniosísima es la disposicion del siguiente juguete, dedicado al ilustre doctor D. Francisco J. Caminero, cuyo *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia* demuestra que aún no se ha extinguido la vigorosa raza de nuestros escriturarios, tan floreciente en los gloriosos dias del siglo XVI:

¡La nueva cuerda de mi humilde lira
No te desplace, y que la pulse quieres.
Cuando ya Euterpe sin amor me mira?
Pues dócil tu precepto sigo,

Benigno eres,
Sélo conmigo.

Bajo la espuma de las blancas olas
Ronca á lo léjos dormitando el ponto,
Mientras que yo con entusiasmo á solas,

En dulce inspiracion velando,

El plectro y lira enardecido apronto
Y empiezo á alborear cantando,

¡Y él como un tonto
Sigue roncando!

La noche ahuyenta y los espacios dora
Con blanda risa la oriental sirena,
A quien el vulgo denomina aurora...
¡Sarcástico reir que entiendo!

De mi se burla de frescura llena...

Corrido, mi cantar suspendo

¡Y ella sin pena
Sigue riendo!

Viene esparciendo rutilante lumbre
Febo despues con su farol redondo,
Y se remonta á la celeste cumbre...

Me ofende su calor salvaje,

Corro del bosque hasta el rincon más hondo

Y folgo entre el feraz ramaje

¡Y él tan orondo
Sigue su viaje!

Llega la tarde y con guiñar lascivo
Vénus, subiendo por la azul esfera,
Pretende hacer mi corazon cautivo...

Las artes de esa vieja niña

Sé ya de antiguo... y en veloz carrera

La esquivo, aunque gentil se aliña,

¡Y ella la artera
Guiña que guiña!

La noche avanza y la modesta Luna
Sale, entre nubes, de la mar salobre,
Y perlas lora sin modestia alguna;

Yo entónces con acento blando

Vuelvo la lira á repicar de cobre,

Mi alegre soledad cantando...

¡Febe la pobre
Sigue llorando!

Ya el sueño todos los vivientes gozan,
Salvo las ranas del juncoso lago
Y los escuerzos que doquier sollozan...
¡Arrullo sin igual!... cediendo,
Caro doctor, á su divino halago,
La lira en la pared suspendo,
La vela apago,
Vóyme durmiendo.

Los ensayos anteriores de versos de nueve sílabas han tenido éxito limitado, ora por sus condiciones intrínsecas, poco favorables á la armonía, ora por no haber sido cultivados con el amor y entusiasmo que el *laverdático*, ni empleados en combinacion con otros metros. Pero la nueva especie de ritmo que hemos dado á conocer á nuestros lectores, agradable al oído en cuanto puede serlo un verso eneasílabo, enlazado con otros metros que disminuyen su rigidez y uniformidad, y empleado en composiciones tan notables como la *Elegía á la muerte de mi hermana*, y la *Oda á mi inmortal amiga*, ha de ocupar un señalado puesto en nuestro Parnaso lírico, á poco que el Sr. Laverde continúe sus tentativas y que otros ingenios se dediquen á imitarle. No es empresa tan difícil, como á primera vista parece, la de componer versos *laverdáticos*. En este linaje de ensayos todo consiste en tomar la embocadura. Cónstanos que la *Elegía* ántes citada y la composicion dirigida al doctor Caminero fueron obras de una sola noche.

El que esto escribe, sin la pretension de haber acertado, probó á traducir en versos *sáfico-laverdático-adónicos* la intraducible oda 5.ª del libro 1.º de Horacio *Quis multa gracilis te puer in rosa*, y se atreve á ponerla como remate de este artículo, si bien conociendo que ha de parecer mal al lado de las excelentes poesías del Sr. Laverde:

¡Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
Bañado en oloroso unguento
Te estrecha, Pirra, en deliciosa gruta
Sobre su seno?

¡Por quién sencilla y á la par graciosa
Enlaza las flexibles trenzas?

¡Ay, cuando llore tu mudanza el triste
Y tu inclemencia!

Mar agitado por los negros vientos
Serás al confiado amante

Que siempre alegre y amorosa siempre
Piensa encontrarte.

¡Miserero aquel á quien propicia mires!
Yo libre de tormenta brava

Al Dios del mar ya consagré en ofrenda
Veste mojada.

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO.

Santander, 2 de Agosto de 1875.